

PAUL RÉE (I): OBSERVACIONES PSICOLÓGICAS

1. BIOGRAFÍA (1849-1901)

Paul Rée nació el 21 de noviembre de 1849 en Bartelshagen, pequeña localidad de Pomerania, en la Prusia Oriental, cerca de la costa báltica. Su familia era de etnia judía y religión luterana. Fue el segundo de tres hermanos. El padre tuvo éxito como empresario con negocios en diversas regiones de lengua alemana, cuyos beneficios le permitieron comprarse una extensa hacienda en Stibbe, aldea que actualmente pertenece a Polonia bajo el nombre de Zdbowo. Allí pasó Rée la mayor parte de su infancia, con frecuentes visitas a Berlín, donde la familia tenía una residencia. Estudió en el Gymnasium de Schwerin y en 1869 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Leipzig. Fue movilizado durante la guerra franco-prusiana (1870-71) y resultó herido el 18 de agosto de 1870 en Saint-Privat, en la importante batalla de Gravelotte. Una vez recuperado regresó a Leipzig, donde prosiguió la carrera de Derecho, que pronto abandonó por la de Filosofía.

Parece ser que durante estos años sus principales campos de interés fueron la filosofía de Schopenhauer (1788-1860), cuyo prestigio se hallaba en pleno apogeo en los medios alemanes, y los escritos de los moralistas franceses: La Rochefoucauld (1613-80), La Bruyère (1645-96), Vauvenargues (1715-47) y Chamfort (1741-94). Se interesó por la obra de Darwin (1809-82) y estudió con atención *El origen de las especies*, así como las obras de divulgación científica de Ernst Haeckel (1834-1919), el gran zoólogo, divulgador de las ciencias de la vida y popularizador de la teoría de Darwin en Alemania. Visitaba con frecuencia Berlín, capital de la cultura alemana, y realizó algunos viajes por Europa. En el verano de 1873 conoció a Friedrich Nietzsche en Basilea a través de su amigo común Heinrich Romundt, asistiendo a algunas sesiones de su curso sobre los filósofos preplatónicos. Le enseñó el manuscrito inacabado de "*Observaciones Psicológicas*", lo que permitirá que Nietzsche lo reconozca cuando aparezca publicado en forma anónima en 1875. Ese mismo año se doctoró en la Universidad de Halle con una tesis sobre "*Lo noble en la ética de Aristóteles*".

A finales de 1875 Rée viajó a Basilea y se fraguó una amistad con Nietzsche que duraría siete años. Hicieron planes para pasar una temporada juntos el año siguiente. A mediados del 76 la Universidad le concedió a Nietzsche un año de licencia por enfermedad y en octubre viajaron juntos a Sorrento, donde habían sido invitados por Malwida von Meysenbug (1816-1903), intelectual liberal conocida por sus *Memorias de una idealista* y que pertenecía al círculo wagneriano. Allí tuvieron ocasión de compartir unos días con Richard y Cosima Wagner. Una de las consecuencias del fervor nacionalista que se había desatado con la unidad alemana y la proclamación del Imperio en enero de 1871 fue la agudización del antisemitismo. Parece ser que los Wagner se habían tomado mal que Nietzsche invitara a Rée a Bayreuth en el verano del 76 y en Sorrento volvieron a mostrar su desdén por el joven filósofo judío.

Durante ese invierno, mientras Nietzsche trabajaba en *Humano, demasiado humano* Rée escribía *El origen de los sentimientos morales*. En abril del 77, tras cinco fecundos meses, Rée volvió a su hacienda de Stibbe para preparar su examen de habilitación. En junio publicaría su segunda obra, esta vez con el nombre de su autor. Su condición judía no le granjeó el favor

de los filósofos académicos y fracasó en el intento de que *El origen de los sentimientos morales* le sirviera como carta de presentación para alcanzar el puesto de profesor en la Universidad de Jena. En vista de ello Rée decidió escribir con idéntico propósito una obra más académica, en la que desarrollar por extenso uno de los temas que había tratado en la anterior y que acabaría dándole título: *El origen de la conciencia moral*. Puesto que pensaba centrarla en la cuestión de la venganza y el castigo se documentó estudiando la historia del Derecho de diversos países europeos, aparte de las aportaciones al respecto de disciplinas como la Filosofía del Derecho, la Sociología y la Antropología.

Desde el verano del 78 hasta finales del 79 atravesó una época de mala salud, probablemente en buena parte de tipo psicossomático, según se refleja en su correspondencia. Conservó su amistad con Nietzsche por vía epistolar y mantuvieron breves encuentros en abril del 78 en Leipzig y en enero de 1880 en Naumburg. A mediados de ese año se embarcó hacia Estados Unidos, país que recorrió durante varias semanas sin que le suscitara mayor entusiasmo. A principio de 1882 Rée viajó a Génova para visitar a Nietzsche, que se hallaba enfrascado en la escritura de *La gaya ciencia*. En marzo perdió todo el dinero que llevaba encima jugando a la ruleta en el casino de Montecarlo y se marchó a Roma para visitar a Malwida von Meysenbug, en cuya casa conocería a Lou von Salomé.

A finales de abril llegó Nietzsche a Roma y compartió con Rée su entusiasmo por Lou. Los tres hicieron planes de vida en común dedicada al estudio y partieron juntos hacia Alemania, pasando por los lagos italianos y Suiza. Durante los meses siguientes, mediante diversos encuentros y por vía epistolar, fueron dando forma a su proyecto, dudando sobre si les convendría establecerse en París, Viena o Munich, hasta que en noviembre se produjo la ruptura de su acuerdo, lo que dio lugar a un agrio intercambio de reproches por carta en los meses siguientes. Rée y Lou se instalaron en Berlín y Nietzsche se marchó a Rapallo, donde escribiría la primera parte de *Así habló Zaratustra*.

En 1885 publicó Rée el breve ensayo *La ilusión del libre albedrío*, donde ataca la extendida creencia en la libertad humana, no sólo por parte de la gente corriente, sino entre la mayoría de los filósofos a lo largo de la historia. Algunas de las tesis básicas que defiende y desde las que argumenta su postura son las siguientes: a) Todas las acciones humanas, incluyendo los pensamientos, están determinadas por causas internas y externas; b) Todas las pasiones humanas, desde las sensaciones simples a los sentimientos más complejos, se hallan asimismo determinadas por causas; c) Un hecho que contribuye a esa falsa ilusión del libre albedrío es que no somos conscientes de una multitud de acciones sin importancia, que realizamos de forma automática, por lo que sus causas nos pasan desapercibidas; d) Otro factor que nos engaña es que en las decisiones deliberadas sólo somos conscientes de las causas principales, pero no de su combinación con múltiples factores menos relevantes, lo que nos permitiría tener una visión más clara del proceso que nos ha llevado a tomar una decisión concreta.

También en 1885 publicó su obra más extensa, *El origen de la conciencia moral*. Siguiendo una tradición establecida por numerosos tratadistas, considera que el castigo legal surgió como alternativa a la preexistente venganza personal, familiar y de clan dentro de la vida tribal, un fenómeno social innovador posibilitado por el desarrollo de sociedades con una

sólida estructura de poder centralizado. Distintas fuentes históricas le llevaron a considerar que a lo largo de ese proceso hubo una fase intermedia, en que la venganza podía sustituirse por una retribución en bienes materiales a los agraviados. En la fase del castigo legal es el Estado el que se juzga ofendido por cualquier contravención a las leyes establecidas, lo que le autoriza a responder mediante la justicia, impartiendo la pena que merece el caso concreto. En la segunda mitad del libro Rée se ocupa del desarrollo de la conciencia moral individual a partir de la distinción teórica del jurista Anselm Feuerbach entre disciplina y castigo; la primera pretende aleccionar sobre la conducta, para evitar las acciones dañinas y promover las benéficas, mientras que el castigo no pretende mejorar la actitud ni la ética del transgresor de la ley.

Paul Rée confiaba en la que la repercusión de su obra en Berlín y en los medios culturales alemanes le permitieran incorporarse como profesor a alguna universidad de prestigio. Sin embargo, el éxito de la novela de su compañera Lou Salomé, *Mi lucha por Dios*, que se publicó casi al mismo tiempo opacó el interés por *El origen de la conciencia moral*. Desengañado por la recepción de su obra, Rée abandonó sus planes académicos y en otoño comenzó a estudiar Medicina. Tras romper con Lou en enero de 1887 prosiguió sus estudios en Zurich y en 1890 obtuvo el título de médico por la Universidad de Munich. Se trasladó entonces a la finca familiar de Stibbe, donde ejerció la medicina hasta 1900. En esa fecha su hermano mayor vendió la hacienda familiar y Rée se estableció en Celerina, pequeña población de montaña en la comarca suiza de la Alta Egandina, donde trabajó gratuitamente como médico rural para las familias campesinas pobres hasta su muerte. En octubre de 1901, mientras escalaba, se precipitó desde el desfiladero Charnadura sobre el río Inn. No se pudo determinar si había sido un accidente o un suicidio.

Tras su muerte se publicaron sus escritos póstumos bajo el título *Filosofía*. El libro comienza con ensayos sobre el origen de la conciencia y sobre la vanidad que no aportan novedades a lo escrito en obras anteriores. Continúa con una revisión general de la metafísica en la que muestra su preferencia por los empiristas británicos George Berkeley y David Hume, declarándose opuesto al criticismo de Kant. Había decrecido también para entonces su estima por Schopenhauer, a quien achaca haber continuado con el error kantiano de separar el mundo físico del mundo moral. Según Robin Small¹, el espectro de Nietzsche planea sobre el estilo literario del libro, compuesto en su mayor parte por párrafos cortos, numerados y con título, a la manera de las obras del paseante de Sils-Maria durante los años de su fervorosa amistad. No sé si desde el desfiladero de Charnadura se logra divisar la roca Surlej en el lago de Silvaplana, distante apenas diez kilómetros, donde Friedrich Nietzsche sufrió la iluminación del eterno retorno.

¹ Profesor emérito de filosofía en la Universidad de Auckland, Nueva Zelanda, primer traductor al inglés de *Observaciones Psicológicas* y *El origen de los sentimientos morales*, a cuyo estudio introductorio de tales obras debo la información que me ha permitido resumir el contenido de las últimas obras de Rée: *La ilusión del libre albedrío*, *El origen de la conciencia moral* y *Filosofía*. Robin Small, *Paul Rée Basic Writings*, University of Illinois Press (2003).

2. OBSERVACIONES PSICOLÓGICAS

2.0 Introducción

Bajo este modesto título publicó Paul Rée su primera obra, que consta de 465 aforismos² y concluye con un breve "Ensayo sobre la vanidad", uno de sus grandes temas y que retomará con mayor amplitud en su segundo libro, *El origen de las sensaciones morales*. Los aforismos se hallan agrupados en seis secciones:

- 1) Sobre libros y autores (44)
- 2) Sobre las acciones humanas y sus motivos (177)
- 3) Sobre las mujeres, el amor y el matrimonio (86)
- 4) Miscelánea (93)
- 5) Sobre asuntos de religión (25)
- 6) Sobre la felicidad y la infelicidad (50)

Se detecta fácilmente la influencia de los moralistas franceses, tanto en los contenidos como en el estilo. En efecto, la virtud moral es el tema principal que inspira la escritura de Rée, sobre cuyas variadas formas pretende ejercer una labor de disección que desenmascare la hipocresía social que esconden. Se trata de desvelar qué intereses reales se ocultan bajo esa conducta general de fingimiento del bien y qué mecanismos articulan esa representación en la escena social. Por otra parte, su estilo se basa en aforismos breves y claros, caracterizados por la ironía, y en menor grado por el cinismo, que translucen un espíritu escéptico respecto a la bondad y veracidad de la vida social. Estos tres rasgos dominantes en sus aforismos concuerdan muy bien con aspectos de su personalidad, tales como el distanciamiento crítico respecto a su entorno social, motivado en parte por su condición étnica judía y en parte por su creencia en las limitadas capacidades del conocimiento para cambiar la vida. La elección del aforismo como modo de expresión le permite aventurar tesis generales sobre la naturaleza del hombre y de la sociedad sin tener que defenderlas con razonamientos sistemáticos, primando así la intuición sobre la inducción.

La segunda influencia detectable es la de Arthur Schopenhauer, en particular, a través de su obra tardía *Parerga y Paralipomena* (1851), un conjunto muy variado de ensayos y aforismos. A él se debe la presencia hegemónica de la oposición egoísmo / altruismo, en la perspectiva y tratamiento de Rée sobre los problemas morales, así como el tono general de pesimismo que impregna la obra de principio a fin. Podemos aventurar con razones que su carácter pesimista y su preocupación por el dominio del egoísmo en la conducta humana fueron motivos de peso en la admiración y fidelidad de nuestro autor al maestro de Frankfurt del Meno.

Es de presumir que en la época de esta primera incursión en la escritura Paul Rée imaginara su papel social en la cultura alemana según un modelo híbrido entre el

² He traducido los aforismos a partir de la citada traducción al inglés de Robin Small.

"philosophe" ilustrado francés, liberado de las ataduras cortesanas y que brillaba en los salones, y el profesor alemán que imparte su sabiduría desde la cátedra universitaria. Aunque esta primera obra obedece más al primer patrón, no se halla lejos del segundo, pues conociendo la biografía y la edad del autor es inevitable llegar a la conclusión de que gran parte de sus aforismos proceden de su cultura bibliófila más que de la experiencia vivida.

2.1 Sobre libros y autores

Este capítulo introductorio versa sobre asuntos relativos al conocimiento. Empieza justificando la elección de su forma expresiva: *"Los aforismos son pensamiento concentrado que cualquiera puede expandir para sí mismo a su gusto. Es un estilo de escritura muy recomendable. En primer lugar, no es muy fácil expresar una auténtica estupidez de manera breve y concisa, porque no se puede esconder detrás de pocas palabras tan bien como detrás de muchas. En cualquier caso, la excesiva cantidad de literatura hace deseable un modo sucinto de expresión"* (1).

A continuación va desgranando su escepticismo sobre el origen de la ciencia, *"Si la vanidad no existiera casi todas las ciencias estarían en mantillas"* (18), sobre la capacidad de persuasión de la palabra, *"Los oradores y autores generalmente sólo convencen a quienes ya estaban convencidos"* (9), sobre la recepción de la cultura, *"El autor más importante tiene el público más reducido"* (6), sobre el valor de la ejemplaridad, *"Los grandes modelos sólo son útiles para los grandes sucesos"* (8).

Señala la importancia de la experiencia en el conocimiento, *"Resulta difícil, casi imposible, reconocer, antes de poseerlas, que las cosas buenas de este mundo no nos hacen felices; pero luego, casi todos reconocen esta verdad. De ahí que los escritos de los filósofos morales sobre este asunto no tengan un objetivo práctico"* (36). Por ello no es de extrañar la rigidez del apego a nuestras creencias, *"No admitimos los hechos cuando se hallan en contradicción con nuestro sistema"* (21), e incluso a nuestras meras opiniones, *"El hecho de que cualquiera sostenga también que sus opiniones son correctas debería hacernos desconfiar de la corrección de nuestras opiniones"* (34).

2.2 Sobre las acciones humanas y sus motivos

Dentro de la brevedad de la obra este capítulo es el más extenso, pues reúne un conjunto de aforismos sobre la motivación de la conducta, acerca de las formas de interacción social, respecto a nuestra manera de juzgar la conducta ajena y sobre algunas virtudes y defectos morales habituales. Una tesis básica de su enfoque realista y poco optimista sobre la naturaleza humana es que *"La buena conducta es una constrictión que nos imponemos por temor a la enfermedad, al castigo o a la desgracia"* (85). Constata el daño, más que el beneficio, que supondría la reflexión moral para el hombre corriente, *"Observar los motivos de su conducta es inútil para la persona práctica, además de que perturba y perjudica su actividad, pero resulta muy útil para la persona teórica"* (45), entre otras razones por la complejidad de un análisis causal de los actos que sea cualitativamente proporcionado, *"Cada*

acción surge de un mosaico de motivos, sin que seamos capaces de afirmar de cuánto egoísmo, vanidad, orgullo, benevolencia, etc, se compone" (46).

Recalca la distinción entre el carácter, determinado y determinante de nuestros actos, y la conducta, que puede variar y modificarse, *"Nuestra conducta moral depende de nuestra voluntad; nuestro carácter moral -la bondad o maldad de nuestro corazón- no" (49)*, que acompaña con un diagnóstico pesimista *"La educación modifica nuestra conducta, no nuestro carácter" (67)*. Dedicó una serie de aforismos a algunas formas generales de interacción social, como el enfrentamiento, *"En la vida muchas veces es cuestión de quién comprende mejor cómo fastidiar al otro" (99)*, la comprensión, *"Deducimos respecto a los demás a partir de nosotros mismos, raramente al revés" (172)*, la aceptación, *"Es más racional resignarse a los defectos de quienes nos rodean que pretender corregirlos" (200)*, la cortesía, *"Quien siente que ha carecido de tacto con nosotros no nos lo perdonará" (119)*, la greguería, *"Nuestras acciones se guían por la opinión del mundo; por tanto, incluso en los asuntos que nos conciernen en exclusiva no hacemos tanto lo que nos parece bien cuanto lo que les parece bien a los demás" (57)*.

No olvida señalar la dificultad de alcanzar correctamente un juicio moral, operación habitual en la vida cotidiana, bien sea por el peso del pasado, *"No interpretamos los actos de alguien objetivamente, sino que más bien los interpretamos en sentido bueno o malo según la buena o mala impresión que ya tengamos de él" (90)*, bien sea por la parcialidad del conocimiento, *"Siempre condenamos al delincuente con demasiada dureza, porque sentimos solamente la enormidad de su acto, pero no el estado pasional del que surgió" (75)*. Entre los mecanismos mentales que estorban la objetividad del juicio moral se hallan subproductos del egoísmo como el autoengaño exculpatorio, *"Lamentamos haber sido hechos duros y malos por el mundo para promover la creencia en nuestra bondad innata" (52)*, y el orgullo autocomplaciente, *"Nos gusta contemplar nuestros defectos como típicos de la naturaleza humana (todo el mundo es así, todo el mundo hace eso). De este modo los defectos no dejan de ser defectos, pero ya no necesitamos considerar a los demás como mejores que nosotros" (125)*.

No podían faltar en este capítulo algunas sentencias sobre virtudes y defectos comunes, como la vanidad susceptible, *"Nuestro interés no es tan sensible como nuestra vanidad" (73)*, la veracidad parcial y la mentira creativa sobre sí, *"Nadie es completamente sincero consigo mismo y la mayoría de la gente tiene un talento real para la falta de sinceridad" (53)*, el orgullo resentido *"Excusamos en la gente sus defectos, pero no su conocimiento de los nuestros" (82)*, la generosidad sin compromiso, *"Los conocidos son menos caritativos entre sí que los extraños" (102)*, el control del hedonismo, *"Es más fácil refrenar nuestros placeres por completo que usarlos con moderación" (204)* o la ingenuidad, *"No comprende a la gente, es decir, los toma por buenos" (60)*, que algunas veces gusta de formular con tintes de paradoja, como *"Muchos se envanecen de su falta de vanidad" (114)* o bien *"Alguien preguntó de dónde surge el respeto por sí mismo. Uno respondió que de no conocerse a sí mismo (154)*.

2.3 Sobre las mujeres, el amor y el matrimonio

En la época en que se publicó *Observaciones psicológicas* el incipiente movimiento sufragista comenzaba a reclamar el derecho al voto femenino y se había iniciado tímidamente el acceso de las mujeres a la educación universitaria. No sabemos si Rée había leído el popular ensayo de Stuart Mill "El sometimiento de la mujer" (1869) en la traducción al alemán que acababa de publicar Jenny Hirsch en 1872, pero este capítulo no contiene signos de ello. Sus aforismos sobre las damas intentan mostrar simplemente su perspicacia psicológica en un tono expresivo que hace gala de ingenio e ironía.

No deja de anotar la diferencia de la situación social de ambos sexos, especialmente en el terreno erótico, "*El hecho de que las mujeres tengan su primer desliz más tardíamente que los hombres, pero que entonces se hundan con frecuencia más profundamente y más rápido, no se debe específicamente al carácter femenino sino a su situación, porque el honor de una mujer se pierde una vez y para siempre con el primer desliz; por tanto, no es cuestión de hacer las cosas a medias*" (268). Una consecuencia de ello es que las mujeres se hallan sometidas, incluso conscientemente, a una mayor represión, "*Las mujeres se rendirían más pronto si no temieran rebajarse a sí mismas ante los ojos de su seductor*" (305).

Aceptando de modo tácito que las relaciones amorosas son el escenario favorito de la sociabilidad de las mujeres, "*La coquetería es la ambición del sexo femenino*" (240), señala los problemas que causa la interferencia del amor con la amistad, "*Si habiendo conocido a una mujer noble, inteligente y muy comprensiva llegamos finalmente a poseerla de modo íntimo, siempre perdemos más de lo que ganamos*" (228), la desigualdad de oportunidades que implica la estética, "*Las mujeres bellas están orgullosas de sus conquistas, las feas de su virtud*" (231) y la dificultad de gestionar apropiadamente la belleza, "*Una mujer bella, con frecuencia hace infelices a quienes no la poseen, y a quien la posee también*" (271), sobre todo considerando la voluntad de protagonismo que les adjudica, "*Las mujeres no son por naturaleza más envidiosas que los hombres, pero puesto que todas ellas son competidoras de nacimiento, tienen más a menudo ocasiones de envidiar*" (301) y el desconcierto y las heridas en la vanidad que provocan sus elecciones amorosas, "*El gusto de las mujeres nunca nos parece tan incomprensible como cuando prefieren a otros*" (232).

El triunfo del Romanticismo literario en la primera mitad del siglo XIX había contribuido notablemente a la popularización del amor pasional. Cuando Rée, con 25 años, publica este libro no ha tenido ninguna relación amorosa importante, de modo que podemos suponer que sus juicios sobre el amor proceden en parte de su observación y en parte de sus lecturas. Este aforismo deja claro su diagnóstico pesimista: "*Pocos han amado. En la mayoría, una mezcla de sensualidad y vanidad ocupa el lugar del amor*" (223). Con un lenguaje que deriva con facilidad hacia el humor irónico va perfilando algunos momentos capitales del amor, como la fase del enamoramiento encandilado, "*Es característico del primer amor no comprender cómo otra gente antes que nosotros ha podido amar, dado que no conocían al único ser que nos parece digno de amor*" (222), la irrupción del desengaño, "*El doloroso anhelo de posesión del objeto amado es un sentimiento dichoso comparado con el disgusto que se siente tras haberlo poseído*" (288), y el tiempo del olvido, "*A aquellos a quienes uno ya no ama finge no haberlos amado nunca*" (272). En el mismo tono retrata algunos rasgos típicos y no demasiado

meritorios del amor, como la obsesión, "*Nuestro amor se acrecienta con el enfado por el rechazo que hemos sufrido*" (249), la vanidad ciega, "*A pesar de que a menudo fingimos amar, siempre creemos que somos sinceramente amados*", la queja por la falta de intensidad, "*En el amor uno le reprocha su frialdad al otro en aras de ocultar la propia*" (237) o el mutuo distanciamiento y la traición, "*En el amor uno tiende a ser traidor y traicionado al mismo tiempo*" (303).

Los escritores y filósofos ilustrados y románticos³ contribuyeron notablemente a la popularización del matrimonio por amor, que se convertirá en el característico de la sociedad burguesa, frente al tradicional matrimonio de conveniencia, propio de la aristocracia. La democracia liberal, el desarrollo urbano y la formación de élites urbanas fueron fenómenos que permitieron reconducir la institución matrimonial desde el ámbito familiar al de la libertad personal. Al ser el matrimonio sentimental un asunto de libre elección conllevaba una mayor responsabilidad y mayores expectativas, por lo que no es de extrañar que la literatura romántica se ocupara como uno de sus motivos centrales de la dialéctica de la libertad entre la razón y la pasión⁴.

El tratamiento del matrimonio en los aforismos de Rée se mueven en el mismo marco retórico que los relativos al amor y las mujeres, es decir, entre la ironía y el cinismo. Establece sus ventajas e inconvenientes, "*El matrimonio perpetuo es una institución útil, pero antinatural* (233)" y determina sus proporciones, "*El grado de felicidad matrimonial se halla en relación inversa a la cantidad de vida cotidiana compartida* (234)". Señala la importancia de su relación con el entorno social, "*Con frecuencia el lazo que liga a las parejas comprometidas tanto como a las casadas es el temor al escándalo* (298)", lo que conduce a la hipocresía y el disimulo, "*Ante la gente las parejas casadas siguen fingiendo ser felices durante largo tiempo, incluso aunque todo el mundo esté ya bien informado acerca de su infelicidad hasta el menor detalle* (258)".

Presenta de forma paradójica la relación entre el amor y el matrimonio, "*Cuando uno ya no puede amar piensa en el matrimonio* (243)", y tampoco le parece muy estrecha la conexión entre amor y conocimiento, "*Casi todos se casan porque no se conocen, casi nadie porque se conozcan* (251)". De modo que resulta habitual que ambos sexos sueñen con situaciones mejores, "*Uno piensa que con tal chica podría haber sido feliz, sin considerar que ya pensó lo mismo sobre su esposa* (295)", "*Cualquier mujer es infeliz con su marido y conoce a otro hombre con el que sería feliz* (227)", y que mientras tanto vayan marcando su territorio, eligiendo armas y delimitando las relaciones de poder, "*Pocas veces le disgustan a una mujer los errores de su marido, puesto que entonces puede reforzar su autoridad mediante los reproches* (304)"

³ Diderot y Rousseau en Francia, Feijóo y Jovellanos en España, Goethe y Schiller en la cultura alemana, son autores que revalorizaron el papel de la mujer en la sociedad ilustrada del XVIII, fenómeno que se generalizaría a partir de 1790 con la eclosión del Romanticismo europeo.

⁴ Citemos como ejemplos tempranos *Las desventuras del joven Werther* (1774), *Las relaciones peligrosas* (1782), *Delphine* (1802), *Las afinidades electivas* (1809), *Corinne* (1812) y *Adolphe* (1816).

2.4 Miscelánea

Posiblemente este es el capítulo donde Rée se permite desplegar en mayor grado la pirotecnia de su ingenio verbal, dado que este conjunto heterogéneo de aforismos se ocupa principalmente de aspectos comunes y corrientes de las relaciones sociales. Es muy consciente de la importancia de controlar la máscara que vamos construyendo en sociedad, *"Es de sabios admitir los propios defectos ante uno mismo, pero ocultarlos a los demás (387)"*, aunque no sea la misma que vemos en el espejo, *"La gente siempre piensa respecto a nosotros cosas distintas de lo que creemos (334)"*, entre otros motivos porque *"Consideramos nuestras peculiaridades como méritos, mientras que los demás las ven como estupideces (358)"*. Siempre resulta útil la virtud del justo medio, *"Desdeñar a las personas que dan excesiva importancia a las buenas maneras no nos impide burlarnos también de las que carecen de ellas (333)"*, como demuestra el éxito de la trivialidad, *"Una persona querida por todo el mundo tiene virtudes mediocres y mediocres vicios (314)"* y el hecho de que *"Es tan fácil despreciar sinceramente a los menos dotados como difícil resulta valorar sinceramente a los más dotados" (355)*.

La capacidad intelectual no es una virtud que goce de gran predicamento en la interacción social, *"Las deficiencias intelectuales aparecen muchas veces como méritos del corazón" (349)*, ni tampoco es muy frecuente, *"Entre una gran masa de gente que apoya o se opone a algo sólo dos o tres se guían por su propio juicio, el resto por su tendencia al conformismo" (364)*, aunque quien dispone de ella es capaz de aprender incluso de sus sueños, *"Los hechos que soñamos son imaginarios, pero usualmente los sentimientos que les subyacen se corresponden exactamente con nuestro estado de ánimo" (347)*. Sin embargo, todo el mundo confía en alto grado en sus opiniones sobre los demás, *"Cuando hemos asignado el carácter de alguien a tal o cual categoría, como ser un incendiario, esperamos que de entonces en adelante se comporten tal cual (378)"*, encasillamientos que resultarían más acertados si hubiera una mejor comunicación, *"Nos resulta insoportable que los demás nos cuenten sus preocupaciones, porque lo que nos gustaría es contarles las nuestras" (374)*.

2.5 Sobre asuntos de religión

Con sólo 25 aforismos este es el capítulo más breve; imagino que Rée, ateo confeso, no quiso exhibir su irreverencia y mordacidad sobre asuntos que una mayoría social consideraba trascendentes, más bien que por falta de interés en el tema por no estrenarse en el mundo de la cultura adentrándose en arenas movedizas. Siguiendo una tradición consagrada opina que *"El miedo es el padre de la fe y la costumbre es su nodriza" (411)*, y que el miedo no suele ser saludable, *"Se nos da educación religiosa a la misma edad en que sufrimos las enfermedades infantiles" (405)*. Por tanto, es comprensible su aserción de que *"La creencia y la incredulidad no son cualidades morales, sino meras opiniones" (401)*, idea que no comparten los buenos creyentes, *"El ortodoxo odia a los espíritus libres porque temen ser considerados estúpidos por ellos" (403)*, para lo que no les faltan motivos pues *"La fe religiosa surge a menudo, no de la sencillez de corazón, sino de la simplicidad de la cabeza" (409)*. No parece tener en gran estima a los sacerdotes, *"A quienquiera que Dios le otorgue su ministerio le concede también las opiniones políticas y religiosas de su cargo" (404)*, ni a su desempeño profesional, *"Sólo un pequeño número de pastores se interesan de modo duradero por el*

contenido de su religión en comparación con su salario, o por el juicio de Dios en comparación con el de su asamblea parroquial" (420).

2.6 Sobre la felicidad y la infelicidad

Como es natural en un capítulo que se ocupa de las dichas y desdichas humanas, aquí es donde Rée expresa con mayor intensidad su pesimismo vital, *"Lo peor que le puede ocurrir a alguien a quien le guste reflexionar sobre la vida es que encuentre tiempo para hacerlo (426)"*, porque la razón no tiene tanta fuerza como las pasiones para dirigir nuestros pasos, *"La cabeza destruye nuestras ilusiones, pero el corazón siempre las reconstruye (428)"*. Un pesimismo que proyecta tanto hacia el pasado, *"Que éramos felices cuando niños es una ilusión óptica; las pequeñas preocupaciones hacen al niño tan infeliz como las grandes al adulto (468)*, como hacia el porvenir, *"¿Quién no tendría miedo al futuro si creyera que iba a ser como el pasado? (446)*.

Resalta la relación de la felicidad con nuestra corporeidad, *"Nuestra felicidad depende más de nuestro temperamento que de la constitución de nuestro corazón" (433)*, que ejemplifica de modo radical, *"Una persona melancólica no se sentiría tan bien en el cielo como una jovial en el infierno (475)*. Advierte contra las falsas ilusiones, *"Nuestras esperanzas nos hacen felices mientras no se cumplen" (441)*, y contra el exceso de preocupaciones, *"Casi todos tienen una preocupación favorita que se mantiene al margen de su conciencia mientras las demás ocupan su mente; se apodera de ella en los períodos de interregno" (437)*, pero también precave contra la racionalidad pura que nos priva de las ilusiones útiles, *"De jóvenes siempre creemos que la posesión de la recompensa por la que estamos luchando nos hará eternamente felices; quienquiera que haya superado por completo este error es una persona digna de piedad" (453)*, para evitar los perjuicios de una razón desesperada, *"La idea de que podríamos ser felices en circunstancias diferentes es dolorosa, la de que no podríamos serlo en ninguna circunstancia es aniquiladora" (465)*.

2.7 Ensayo sobre la vanidad

Paul Rée cierra esta primera obra de juventud con un breve ensayo sobre la vanidad, la condición moral que le parece más determinante en las relaciones sociales. Considera que a todo el mundo le preocupa la opinión ajena por dos razones principales: por el propio interés, ya que según sea buena o mala pueden derivarse beneficios o perjuicios respectivamente, y por vanidad, puesto que cuando es positiva resulta placentera y en caso contrario nos produce desagrado. Adjudica la cualidad de vanidoso en sentido estricto a quien se complace y conforma con la admiración y envidia que despierta en los demás, mientras que prefiere llamar ambicioso a quien aspira a ser más admirado y envidiado de lo que ya es, o sea, al vanidoso sin límite ni medida. Por otra parte, señala que el aspecto negativo de la vanidad es lo que en lenguaje corriente se denomina sentido del honor, un sentimiento que provoca dolor a quien es despreciado por otros.

Rée imagina que en el estadio primitivo de la vida social la aparición de la admiración y de la envidia va siempre ligada a beneficios inmediatos; la vanidad habría surgido en un estadio posterior, cuando los individuos se percatan de que la buena o mala opinión de los demás suele producir provecho o perjuicio diferido, aunque no haya recompensas o daños inmediatos. Se acostumbraron, por tanto, a prever las buenas o malas consecuencias de su reputación y, a la larga, toda admiración fue vista como un bien en sí misma y todo desprecio como un mal en sí mismo, con independencia de las circunstancias concretas sobre las que recayeran. Este proceso habría ido reforzando la vanidad de generación en generación mediante la selección natural, pues es un rasgo que favorece la supervivencia del individuo en el grupo. El mismo proceso de selección natural favorece a los ambiciosos, cuyo valor los empuja a producir o inventar cosas de utilidad social, y a los poseedores del sentido del honor, puesto que este les prohíbe realizar cualquier acto que acarree daño para la sociedad. La selección natural convierte así a la vanidad en un instinto innato en la especie humana y uno de los más poderosos⁵.

Se condena la vanidad aduciendo tres tipos de razones. Primero, por ser irracional, es decir, porque produce más dolores que alegrías, ya que el placer de agradar es menor que el dolor de desagradar y sentir envidia es más habitual que provocarla. Segundo, por su falta de compromiso social, ya que la persona vanidosa es egocéntrica y se ocupa ante todo de ella misma, sin interesarse por las tareas comunitarias. Tercero, porque los vanidosos exhiben públicamente sentimientos negativos, tales como la envidia, los celos y la alegría por el mal ajeno.

En cambio, las personas ambiciosas suelen gozar del elogio público, porque son muy laboriosos, en contraste con la pereza de los vanidosos. Y aunque la ambición es muchas veces irracional, porque causa más insatisfacción que placer, su dureza se ve compensada por la utilidad social de su trabajo y esfuerzo. También el sentido del honor es irracional, porque genera sobre todo sentimientos de displacer; sin embargo, se lo considera moralmente elogiable por su gran utilidad, ya que favorece la paz y el orden social, por lo cual se lo incluye entre las virtudes morales.

3. LA RELACIÓN CON NIETZSCHE

3.1 La influencia de Paul Rée sobre Friedrich Nietzsche

Cuando Nietzsche leyó *Observaciones psicológicas* le escribió a Rée elogiando la obra y recomendándole a su propio editor en Berlín, Ernst Schmeitzner, para futuras publicaciones. En el otoño de 1876 ambos amigos viajaron a Sorrento, donde pasaron cinco meses juntos. Nietzsche había iniciado la redacción de la primera parte de *Humano, demasiado humano*, libro que al publicarse en 1878 recibiría críticas de algunos de sus amigos, como los Wagner y Erwin Rohde, que achacaron a la influencia de Rée el haberse desviado del camino trazado por *El nacimiento de la tragedia* y las *Consideraciones Intempestivas*. Nietzsche rechazará esas críticas que en realidad apuntan, según él, hacia las afinidades de un pensamiento compartido

⁵ Trataré la relación de Rée con Darwin en la continuación de este texto, *Paul Rée (II): El origen de los sentimientos morales*.

durante la estancia en Sorrento, surgidas del continuo intercambio de ideas acerca de los temas que formarían parte de *Humano, demasiado humano* y de la segunda obra de Rée, *El origen de los sentimientos morales* (1877).

Podemos percibir la influencia de Rée a través de tres vías: a) el refuerzo del interés de Nietzsche por las ciencias, surgido durante su etapa universitaria en Leipzig, pero dejado de lado en los primeros años de su docencia en Basilea; b) el interés por la filosofía moral, que hasta entonces no ocupaba un lugar prioritario en el pensamiento nietzscheano; c) la escritura aforística, que pasará a formar parte de su arsenal estilístico en las obras siguientes, en primer lugar, en *Humano, demasiado humano*⁶. La primera parte de esta obra, mucho más extensa que *Observaciones psicológicas*, es una mezcla de textos breves, generalmente menores de una página, con aforismos de pocas líneas.

3.2 El estilo de los aforismos⁷ de Nietzsche

Hemos visto que una de las características principales de los aforismos de Rée es la ironía; en cambio, en la aforística nietzscheana no destaca ese ingenio mundano, sino un estilo más razonador que no desdeña proponer ejemplos o analogías. Su carácter no era propenso a esa forma de crítica, a pesar de reconocer su extenso campo de aplicación: "*Todo lo que es humano merece, en su origen, esta consideración irónica; por eso la ironía en el mundo es tan superflua*" (252*). Prefiere circunscribir su virtud, "*La ironía no es oportuna más que como método pedagógico de un maestro en sus relaciones con los discípulos*" (372*), y avisar del peligro de sus excesos, "*El hábito de la ironía, como el del sarcasmo, corrompe la moral; le presta poco a poco un carácter de superioridad que se complace en hacer daño*" (372*).

La punzante ironía de Rée se ve en Nietzsche atenuada y sustituida con frecuencia por el recurso a la presentación en forma de paradoja o de aspectos opuestos del asunto, quizá porque "*Para atraer a las personas de ingenio en favor de una proposición basta a veces presentarla bajo la forma de una paradoja monstruosa*"(307) y porque "*La antítesis es la estrecha puerta por la que el error se desliza con gusto hacia la verdad*" (187). He aquí tres ejemplos: "*El asceta hace de la virtud necesidad*" (76); "*El mejor autor es aquel que se avergüenza de ser un plumífero*" (192); "*Nos hallamos en una época cuya civilización está en peligro de perecer debido a los medios civilizadores*" (520).

El cinismo descarnado de que hace gala Rée cuando comenta las diversas formas de interacción social, producto de su pesimismo vital, tampoco es propio de la personalidad optimista de Nietzsche, en cuyos aforismos se ve sustituido por una suave mirada epicúrea que indaga en los temas atendiendo siempre a lo que haya en ellos de ocasión de placer; aunque ambos estilos, como él mismo afirma en *Humano, demasiado humano*, no se hallan tan lejos

⁶ Todos los textos nietzscheanos proceden de la primera parte de *Humano, demasiado humano*. La mayor parte son aforismos, citados por su numeración, mientras que unos pocos son fragmentos entresacados de textos más largos, que cito con su numeración y un asterisco.

⁷ Para los aforismos nietzscheanos he consultado la traducción de Jaime González para Editores Mexicanos Unidos (1972), la de Alfredo Brotons Muñoz para Akal (1996), la de Alexandre-Marie Desrousseaux para la Société Mercure de France (1906) y la de Alexander Harvey para Charles H. Kerr & Company (1908).

entre sí: *"El epicúreo tiene el mismo punto de vista que el cínico; no hay entre ambos sino una diferencia de temperamento. Pero el epicúreo se sirve de su civilización superior para independizarse de las opiniones dominantes y elevarse por encima de ellas, mientras que el cínico permanece en su negación"* (275*).

Aquí tenemos una muestra de su optimismo histórico, *"Quien contemple esas cuencas con glaciares asentados en sus barrancos apenas creará posible que llegue un tiempo en que allí mismo habrá un valle con bosques, praderas y riachuelos. Lo mismo sucede en la historia de la humanidad; las fuerzas más salvajes, mediante la destrucción, abren el camino con su acción necesaria para que más tarde tengan allí su hogar costumbres más apacibles. Esas energías terribles, denominadas el Mal, son las arquitectas y pioneras de la humanidad"* (246), y un ejemplo de su confianza en sí mismo, *"Los aristócratas natos del espíritu no se apresuran; sus creaciones surgen y caen del árbol como en una tranquila tarde de otoño, sin que las hayan deseado con ansia, ni solicitado, presionados por la novedad"* (210*).

En las escasas ocasiones en Nietzsche se muestra cínico no tiene nada que envidiar a Rée, bien cuando toca asuntos ético-políticos, *"Toda virtud tiene sus privilegios: por ejemplo, el de contribuir a la hoguera del condenado con su pequeño haz de leña"* (67), cuestiones psicológicas, *"Quien sabe que ejerce sobre otro gran influencia interior debe dejarle la brida al cuello y aun verle de buen grado resistirse en ocasiones, e incluso inducirlo a ello; en caso contrario, se creará de modo inevitable un enemigo"* (576), temas ético-estéticos, *"Es dudoso que algún gran viajero haya encontrado sitios tan feos en el mundo como en la faz humana"* (320), o incluso cuando se permite una frivolidad costumbrista sobre el matrimonio, *"Algunos hombres se han lamentado de que les hayan quitado a su mujer; la mayor parte, de que nadie quiera quitársela"* (388).

El escepticismo de Rée se convierte en Nietzsche en una mera estación de paso del pensamiento crítico en busca de una aserción positiva. La crítica negativa de aquel sobre muchos asuntos humanos contrasta con el voluntarismo pragmático de quien más adelante se definiría a sí mismo como el filósofo de la gran afirmación, del "amor fati", del sí a la vida. Ese ir más allá del escepticismo en busca de las verdades de su tiempo le permite dejar atrás la mitología religiosa, *"En realidad, no existe entre las religiones y la ciencia auténtica ni parentesco, ni amistad, ni enemistad siquiera: viven en planetas diferentes"* (110*), pero sin entregarse a la fe en el progreso, *"Cualquier porvenir mejor que se le desee a la humanidad es necesariamente peor en muchos aspectos. Es una ilusión creer que un grado superior de humanidad conservará todas las ventajas de los grados anteriores y producirá también, por ejemplo, una forma más elevada de arte. Digamos más bien que cada estación tiene sus frutos y sus ventajas y excluye las de las otras"* (239*). Rechaza que la verdad sea un asunto de mayorías, *"El consenso de los sabios consiste en considerar una necedad el consenso de la gente"* (110*) y señala la profunda brecha que existe entre vida y conocimiento, *"La vida humana está sumergida profundamente en la falsedad"* (34), para indicar el camino que los vaya acercando, *"El mayor progreso alcanzado por los hombres consiste en haber aprendido a razonar con exactitud"* (271*).

Nietzsche se encuentra al comienzo de lo que sus estudiosos, empezando por Lou Salomé, han llamado fase positivista de su filosofía. A su curiosidad por la fisiología humana,

de raíz schopenhaueriana, y al afán por ponerse al día con la física y la química de su tiempo, se añade ahora, por influencia de Rée, el interés por la biología darwinista. Su adhesión al camino de la ciencia es ferviente y desde el mismo principio de *Humano, demasiado humano* establece una metáfora significativa: "Todo lo que necesitamos, y que por fortuna se nos puede ofrecer hoy merced al nivel de las ciencias particulares, es una química de las representaciones y de los sentimientos morales, religiosos, estéticos y de las emociones que sentimos" (1*). No le arredra ser consciente de que "La ciencia da mucha satisfacción a quien le consagra su trabajo y sus investigaciones, pero muy pocas a quien aprende sus resultados" (251*), ni saber que el triunfo social de la ciencia tendrá que recorrer un duro camino porque sus promesas no son equiparables a las de la religión, "La ciencia moderna tiene como finalidad alcanzar el menor dolor posible y la más larga vida posible; en consecuencia, una especie de felicidad eterna, ciertamente muy modesta en comparación con las promesas de las religiones" (128). Le asiste una confianza basada en que conoce el valor de la ciencia como disciplina del espíritu, "El valor de pasar algún tiempo practicando con precisión una ciencia exacta no reside en sus resultados, porque en proporción al universo de objetos de ciencia resultan una cantidad insignificante, sino en que obtenemos un aumento de energía, de capacidad de razonar, de constancia en perseverar; se aprende a lograr un objetivo mediante los medios apropiados. Este es el valor de futuro de haber sido un hombre de ciencia" (256).

3.3 Analogías y diferencias en los contenidos

La división en capítulos de la primera parte de *Humano, demasiado humano*⁸ (HDH) presenta ciertas semejanzas con la de *Observaciones psicológicas* (OP), como si Nietzsche la hubiera tenido en cuenta, al menos parcialmente, a la hora de agrupar sus aforismos por temas. Así, el segundo de OP, "Sobre las acciones humanas y sus motivos", se corresponde con el segundo de HDH, "Para la historia de los sentimientos morales", y con el sexto, "El hombre en sociedad"; el tercero de OP, "Sobre las mujeres, el amor y el matrimonio", con el séptimo de HDH, "La mujer y el niño"; el quinto de OP, "Sobre las cosas religiosas", con el tercero de HDH, "La vida religiosa", mientras que los temas que trata Rée en el primero de OP, "Sobre libros y autores", aparecen en el cuarto y quinto de HDH, "Del alma de los artistas y de los escritores" y "Caracteres de la alta y baja cultura". Expongo a continuación una serie de aforismos de *Humano, demasiado humano* que he seleccionado y ordenado en base a su relación con los capítulos de *Observaciones psicológicas*, en los que me parece que se observa con claridad la resonancia entre los pensamientos de ambos escritores, puesto que como el propio Nietzsche escribió: "Un buen escritor no posee solamente su propio espíritu, sino también el de sus amigos" (180).

⁸ He preferido no tomar en cuenta para este trabajo la segunda parte de HDH porque fue escrita más tarde, cuando Nietzsche y Rée ya no estaban juntos en Sorrento. Se compone de *Miscelánea de opiniones y sentencias*, publicada en mayo del 79, y de *El viajero y su sombra*, publicada en diciembre del mismo año.

3.3.1 Sobre libros y autores

Paul Rée y Friedrich Nietzsche forjaron su amistad en 1875, cuando tenían 25 y 30 años de edad, respectivamente. Aunque pocos años después la agudización de las deficiencias visuales de Nietzsche le restringiría su capacidad de lectura, ambos eran por entonces grandes lectores, el primero, de filosofía e historia, el segundo, de los textos conservados del mundo grecorromano y sus correspondientes estudios filológicos, así como de filosofía. A esos temas añadirán ahora uno común: la ciencia contemporánea.

"Si con frecuencia el autor y el lector no se comprenden es porque el autor conoce demasiado bien su tema y le resulta casi fastidioso, tanto que se ahorra poner ejemplos, que conoce a centenares, pero el lector es ajeno al tema y con facilidad lo encuentra mal justificado si se suprimen" (202).

"Las supuestas paradojas del autor, de las que el lector se sorprende, no se hallan a menudo en el libro, sino en su cabeza" (185).

"La mayor parte de los pensadores escriben mal, porque no nos comunican solamente sus pensamientos, sino asimismo la razón de sus pensamientos" (188).

"El poeta conduce triunfalmente sus ideas sobre el carro del ritmo, de ordinario porque estas no son capaces de ir a pie" (189).

"Quienes no tienen verdadero interés por una ciencia no comienzan a entusiasmarse con ella hasta que ellos mismos hayan realizado descubrimientos" (182).

"A veces hallamos un hombre cuyas ideas se elevan por encima de su época, pero sólo lo bastante como para captar por adelantado las ideas vulgares del siglo próximo" (269).*

3.3.2 Sobre las acciones humanas y sus motivos

En este terreno es donde se siente un paralelismo más cercano entre Rée y Nietzsche, como si compartieran una similar sagacidad para divisar los factores ocultos tras las apariencias en las relaciones sociales. He aquí una muestra de las reflexiones sobre vicios y virtudes habituales por parte de alguien que, a pesar de su mala vista, era un perspicaz observador porque sabía escuchar muy bien:

"Muy rara vez se engañará el hombre si atribuye las acciones sublimes a la vanidad, las mediocres a la costumbre y las mezquinas al temor" (74).

"En el trato de los hombres es necesario recurrir a un disimulo benévolo, como si no penetráramos los motivos de su conducta" (293).

"La mayoría de los hombres están demasiado ocupados consigo mismos para ser malvados" (85).

"El indicio menos equívoco del desprecio hacia los hombres es que solo se les dé valor como medio de alcanzar el fin propio" (524).

"Uno olvida sus culpas después de confesarlas a otro, pero de ordinario el otro no las olvida" (568).

"Un alma delicada se duele de saber que alguien le debe reconocimiento; un alma grosera, de saber que lo debe a alguien" (330).

"El que se humilla quiere ser ensalzado" (87)

3.3.3 Sobre las mujeres, el amor y el matrimonio

De los aforismos de Rée parece desprenderse que estos tres asuntos le suscitaban más desconfianza que simpatía. En estos temas es donde Nietzsche se permite ser más ligero, pero quizás también donde muestra menor singularidad y sutileza, probablemente por su escasa experiencia sobre la pasión amorosa y su correlato institucional.

"Por amor las mujeres se convierten completamente en la idea que tienen de ellas los hombres que las aman" (400).

"Las mujeres pueden trabar muy bien amistad con un hombre, pero para mantenerla es necesario que concurra una pequeña antipatía física" (390).

"En toda especie de amor femenino se transparenta también algo del amor maternal" (392).

"Cada uno lleva en sí una imagen de la mujer sacada de la madre propia, que lo determina a respetar a las mujeres en general, o a despreciarlas o a que le sean totalmente indiferentes" (380).

"La exigencia de ser amado es la mayor de las arrogancias" (523).

"El mejor amigo tendrá probablemente también la mejor esposa, porque el buen matrimonio se basa en el talento de la amistad" (378).

"Si los esposos no vivieran juntos, los buenos matrimonios serían más frecuentes" (393).

3.3.4 Miscelánea

Para el escritor de aforismos no siempre es fácil agrupar sus ocurrencias por temas, así que una sección miscelánea es un socorrido recurso para no desperdiciar los apotegmas sin suficiente compañía.

"Opiniones públicas, perezas privadas" (482).

"Las convicciones son enemigos más peligrosos de la verdad que las mentiras" (483).

"El hombre se comporta noblemente sin quererlo cuando está habituado a no querer nada de los demás y darles siempre" (497).

"Para el conocimiento es necesario saber utilizar esa corriente interior que nos impulsa hacia una cosa y la que después de un cierto tiempo nos aparta de ella" (500).

"A los sabios que se hacen políticos se les encomienda de ordinario el cómico papel de ser a la fuerza la buena conciencia de una política" (469).

3.3.5 Sobre asuntos religiosos

Mientras que el interés de Rée por la religión proviene en su mocedad de la divergencia entre su condición étnica judía y su religión luterana, el interés de Nietzsche procede de su ámbito familiar de pastores luteranos. Su maduración intelectual condujo a aquel hacia un ateísmo de herencia ilustrada y a este hacia un politeísmo de estirpe helénica.

"La opinión grata se acepta como verdadera; esta es la prueba del placer (o como dice la Iglesia, la prueba de fuerza), de la cual todas las religiones se sienten tan orgullosas, cuando deberían avergonzarse de ella. Si la fe no hiciera dichosos, no habría fe; ¡cuán poco valor debe tener!" (120).

"No hay suficiente amor y bondad en el mundo como para poder prodigarlos a seres imaginarios" (129).

"Desde que una religión llega a ser dominante tiene como adversarios a todos los que habían sido sus primeros prosélitos" (118).

"No hay bastante religión en el mundo para aniquilar las religiones" (123).

3.3.6 Sobre la felicidad y la desdicha

Rée fue un hombre pesimista e infeliz, de carácter corroído por su inseguridad sobre su propia identidad y la consecuente pérdida de autoestima. Nietzsche fue un optimista vital que recuperaba rápidamente su felicidad natural cada vez que su horrible salud le concedía una tregua. Debido a sus distintas personalidades el tema de la felicidad ocupaba más tiempo de reflexión en el pensamiento del primero que del segundo.

"Si no se tienen en el horizonte de la vida líneas firmes y serenas semejantes a las que trazan la montaña y el bosque, la voluntad del hombre se halla inquieta, distraída y turbada por deseos similares a la naturaleza de los que habitan en las ciudades: ni tienen dicha ni la dan" (290).

"Al lado del dolor del mundo, y muchas veces en su suelo volcánico, el hombre ha plantado su pequeño jardín de felicidad" (591).*

"Si nos encontramos tan a gusto en plena naturaleza es porque no tiene opinión sobre nosotros" (508).

"Es privilegio de la grandeza procurar mucha felicidad con obsequios modestos" (496).

3.3.7 Sobre la vanidad

Es muy probable que las reflexiones nietzscheanas sobre la vanidad provengan directamente de su amistad con Rée, quien situaba ese sentimiento en primera línea de las cualidades humanas dominantes en la interacción social.

"Así como los huesos, los músculos , las entrañas y los vasos sanguíneos están cubiertos con una piel que hace soportable el aspecto del hombre, del mismo modo las emociones y las pasiones del alma están envueltas en vanidad, la piel del alma" (82).

"El hombre vanidoso no quiere tanto distinguirse como sentirse distinguido, por lo cual no rechaza ningún medio de engañarse y de mentirse a sí mismo. No es la opinión de los demás, sino su propia opinión sobre la opinión de los demás lo que le importa" (545).

"Sea que el hombre oculte sus malas cualidades y sus vicios, sea que los confiese con franqueza, su vanidad desea siempre, en uno y otro caso, alcanzar una ventaja; obsérvese con qué finura distingue entre a quién oculta sus cualidades y con quién es honrado y franco" (313).

"Cuando se encuentran dos personas cuya vanidad es igual de grande se causan mala impresión, porque cada una se halla tan preocupada por la impresión que quiere producir sobre la otra, que ambas se dan cuenta al fin de que pierden su tiempo y se echan mutuamente la culpa" (338).

Sergio Toledo Prats